XIII

4 de Julio.

Para acabar el mismo día y formarme una opinión completa sobre Luisa Bauquet, le he dicho después de almorzar que esté pronta para salir conmigo á las tres. La elevaba así, de la mañana á la tarde, desde el cargo de doncella hasta la dignidad de señorita de compañía. De este modo había motivo para que ella se desvaneciese. ¿Se desvanecería? Su traje, sobre el cual he echado una rápida ojeada al venir á buscarme á la hora fijada de antemano, me demostró al punto que al vestirse, al menos, gozaba todavía de buen juicio. Vestido de batista azul marino con cuadros blancos. Cuerpo plegado y cinturón. Pequeña capota de paja blanca con

bridas de terciopelo azul, del mismo tono del vestido. Guantes grises de piel de Suecia, de tres botones. En la mano sombrilla de seda negra y echado al brazo un abriguito, llevado por precaución para el caso de que la tarde refrescase. Todo esto resultaba verdaderamente propio, sencillo, distinguido, sin demasiada elegancia; traje, en fin, de una chica pobre, pero de buena casa, hecho por ella misma ó comprado, sin grandes gastos, en los almacenes de ropas hechas.

Su calzado, sin embargo, en que me fijé cuando al unirse á mí en la *victoria* salvó el estribo, no procedía de uno de esos almacenes: la forma inglesa de aquellas botinas era demasiado selecta; su cabritilla mate, fina, ligera, recogía perfectamente un pie chiquitín, estrecho y alargado, que avaloraba el calzado. Debía haber pagado por estas botas, lo menos, 60 pesetas, y para una doncellita... No, no soy justa en este momento, es la señora de compañía y ha querido honrar el cargo. Además, ¿no se debe contar con la coquetería de las mujeres, cualquiera que sea su posición social? Esta muchacha sabe que tiene el pie lindo, desea lucirlo, lo cual es muy natural, y se sacrifica en otras cosas,

sabe Dios de qué se priva, con tal de calzarse perfectamente.

Le he indicado que se siente á mi lado. Ella ha obedecido sin turbación, procurando, sin embargo, arrellanarse, desaparecer en su rincón manteniéndose á distancia. Yo no podía tampoco designarle otro asiento. Cuando dos mujeres solas ocupan un coche, no puede colocarse una en el asiento principal y otra al vidrio. Por último, mi *victoria* no tiene una buena bigotera, y esta razón basta. Desde mi llegada á las Ruinas yo no había salido todavía de casa; y así he decidido que mi primera visita sea para mi vieja Boloña, la villa alta, la que más me gusta, porque era también la que más le gustaba á él.

Llegados al sitio, he echado pie á tierra y he entrado en Nuestra Señora. Terminadas allí mis oraciones, he dado una vuelta por la famosa iglesia, con objeto de volver á ver las bellezas, y acaso también para enseñarlas. Yo me convertía de esta manera en *cicerone* de mi criada. Cuando se admira, ¿se puede resistir el deseo de comunicar la admiración á los demás? Un día, sobre una montaña de los Pirineos, al ponerse el sol, he dicho á un pastorcillo que estaba cerca de mí:

"¡Dios mío, qué hermoso es esto!„ Él no me comprendió, pero así y todo, yo he gozado con hablar y con comunicar á alguien mi entusiasmo. Se preferiría que este alguien fuese presentable; pero cuando no hay donde elegir, se toma lo que se tiene á mano.

Así, he procurado hacer admirar á Luisá Bauquet lo que yo mismo iba admirando, á saber: el altar de Nuestra Señora, una maravilla antigua con mármoles, piedras raras, malaquita y lápiz-lázuli; después del altar, la capilla de la Virgen, con su gran mesa de mármol de Carrara, la cúpula de triple bóveda y sus grandes efectos artísticos.

Al subir otra vez al coche, cedí al impulso de demostrar un poco de erudición contando la leyenda de Nuestra Señora. De cómo en el siglo VII, bajo el reinado del rey Dagoberlo, la Virgen María se apareció á los habitantes de la villa de Boloña, viniendo por el mar en una barquilla sin vela y sin remos ni marineros ni ser alguno vivo, sino la Virgen sola, con aire dulce, adornada con modestas vestiduras, graciosa en su actitud y con belleza superior á todas las mujeres de la tierra. Los habitantes del pueblo que la vieron llegar se quedaron estupefactos; pero ella les

dijo: "Quiero que una luz divina descienda hasta vosotros y vuestra ciudad. Haced inmediatamente que se edifique una iglesia dedicada á mí, en el sitio que he elegido y que voy á designaros.„

Luisa Bauquet me escuchó atentamente sin quitar la vista de mí, como mira un alumno á su profesor, y después me dijo:

—¿Me será permitido preguntar á la señora Duquesa si cree en esa leyenda?

Perpleja me quedé sin saber qué contestar, porque no tengo ideas fijas acerca de la leyenda en cuestión, y, sin embargo, no quise aparecer como dudando, y creí salir del apuro preguntándole á mi vez:

—¿Acaso no tenéis religión?

No se turbó, y sin comprometerse, sin responderme, de igual manera que yo no le había contestado categóricamente, me dijo en voz baja y bajando la cabeza y con muchísimo respeto:

—Se puede, creo, sin herir la religión, no dar fe á ciertas cosas. Entre la religión y la superstición hay gran diferencia.

Me quedé maravillada, no de la idea que acababa de expresar, sino de su frase correcta y de su manera de exponer su pensamiento.

Decididamente esta muchacha tiene talento natural, ó ha vivido muy íntimamente con las señoras á quienes ha servido.

De la parte alta de la villa nos fuimos á la Columna, como se llama por antonomasia en el país á la Columna del Gran Ejército, que es su verdadero nombre. Ante este monumento, levantado en la plaza en que Napoleón I distribuyó solemnemente á sus soldados la cruz de la Legión de Honor, también hice gala de mi erudición, aumentada esta vez con un poco de entusiasmo exclusivista. Porque en mi calidad de semiboloñesa, á pesar de mis opiniones, ó más bien de las opiniones de los míos, admiro con toda mi alma á Napoleón I, y tengo para mí como un imbécil á mi tío el Marqués de X, hermano de mi abuelo, que llamaba desdeñosamente á aquel verdadero genio el Sr. de Buonaparte, proponiendo suprimir su reinado de la historia de Francia.

—Aquí — exclamé, — sobre esta llanura, frente á frente de Inglaterra, de su flota que la nuestra tenía á raya, se ha visto reunido en Julio de 1804 un soberbio ejército; toda la Guardia Imperial, todos los soldados de Jemmapes, de Fleurus, de Arcole, de Marengo, de las Pirámides. Allá, en el centro, un trofeo

de banderas y estandartes tomados al enemigo. Sobre un trono, el Emperador, rodeado de sus Ministros, sus Generales y su corte. Después, más allá, en todas partes, en la llanura como en el mar, cien mil espectadores venidos de todos los ámbitos de la Europa. Entonces, al ruido del cañón y de los tambores, del *Canto de la partida* tocado por las músicas del ejército que dirigía Méhul, el Emperador, tomando las cruces una á una de los cascos de Bayardo y de Duguesclin, empezó la gran distribución.

Me había exaltado, recordando á mi marido, que me describió esta escena casi en los mismos términos; y volviéndome hacia mi compañera, como lo había hecho otra vez en la montaña con el pastor, sin reparar que era un pastor:

—¡Qué hermoso debió de ser este espectáculo! ¿No es verdad?—le dije.

—Muy hermoso, señora Duquesa—contestó con voz en que no se notaba nada de emoción.—Pero Napoleón I no se habría tomado el trabajo de distribuir esas cruces de la Legión de Honor á los valientes y á los dignos, si hu-

biese podido prever que más tarde, andando el tiempo, habría de traficarse con ellas, vendiéndolas ó comprándolas por unos miles de francos.

Esta reflexión me desagradó. La encontré inoportuna y demasiado fría; pero sin mostrar el menor descontento, no respondí nada.

Al volver bajo el influjo de la brisa del mar que traía al subir la marea, hizo que se refrescase el tiempo; y Luisa Bauquet, cuidadosa de su personita, se puso el abrigo. Esta prenda llamó mi atención por su corte elegante, demasiado elegante. Era una chaqueta de corte de sastre, que me pareció proceder de una de las primeras casas de París.

—¿Dónde ha comprado eso?—le pregunté.

—En el *Printemps*, señora Duquesa—respondió al punto, como si esperase la pregunta teniendo preparada la respuesta.

—¡En el *Printemps!*—repuse admirada.

—Sí, sí, señora Duquesa, se lo aseguro. Y la adquirí muy barata: era lo que se llama un reclamo.

—Pero ¿es posible que una prenda hecha le caiga á V. tan bien á su cuerpo, y se ajuste tan perfectamente á su cuello?

—¡Oh! No, señora Duquesa. La he arreglado yo misma.

Curioseando la prenda, entreabrí el cuello, y exclamé:

—¡Calla! Tiene una marca, la del *Printemps*, sin duda, puesto que allí la ha comprado...

—Sí,—añadió.—Era la marca del *Printemps*, pero he procurado quitar las huellas... Mire, señora.

Y separó todo el cuello para dejarme ver una pequeña tira de seda, en la cual habían estado impresas unas letras de oro, cuidadosamente borradas.

—¿Por qué ha borrado la inscripción?—le pregunté.

—Por amor propio, por vanidad. Esta chaqueta, en efecto, parece salir de manos de un sastre, y he procurado ocultar que proviene simplemente del *Printemps*. Pero he creído debía decir la verdad á la señora Duquesa, puesto que no debo engañarla.

¡La verdad! ¿Cuál será? ¿Se habrá borrado el *Printemps*, ó el nombre de un sastre? ¿La casa barata de precios económicos, ó la gran casa en liquidación?

Mas ¿por qué me intriga esto? ¡Qué me importa!.... Mucho. Es importante para mí saber

si tengo á mi servicio, si paseo en mi coche una embustera y una coqueta, ó una hábil sastra que sabe arreglar las prendas, convirtiendo en correcta una chaqueta de un almacén de pacotilla. ¿Me convenceré de lo que es esta Luisa? Lo dudo, porque no se clarea demasiado.

Sin embargo, esta noche se le ha escapado un grito extraño, salido inconscientemente. Estaba cerca de mí en el balcón, teniendo en la mano la bandeja de un vaso de agua que había yo pedido, y como yo continuaba mirando las estrellas que empezaban á destacarse en el firmamento, le dije señalando un punto luminoso en el horizonte:

—Hé ahí á Venus que se alza en el cielo.

—¡Venus tan pequeña!—respondió.

¿Por qué la creía más grande? Se habría imaginado sin duda que la diosa del amor y de la belleza debía ocupar un espacio considerable en el cielo, á causa del importantísimo papel que desempeña en la tierra!...

XIV

18 de Julio.

Por la primera vez después de muchos años, he interrumpido mi *Diario* durante dos semanas. No tenía nada que contar, ningún pensamiento más ó menos bueno, más ó menos nuevo que inscribir.

Hoy todavía no tengo mucho que consignar; pero me gusta buscar aquí la causa de esta escasez de acontecimientos.

Por lo que toca á los sucesos no me extraña que me falten; porque, ¿qué puede sucederme á mí, llevando una vida tan regular como la que hago?

Despertarme á las ocho, baño, primer desayuno, tocador, paseo á pie en el parque, almuerzo, siesta, paseo en coche por los alre-